

REFORMA

10 de agosto de 2008

Entrevista / Gao Xingjian / Gao Xingjian: El Rostro Oculto de China

Desde el exilio, el Premio Nobel de Literatura 2000 opina sobre los cambios suscitados en las últimas décadas en China y comparte su caso como ejemplo de la censura que aún prevalece en su país

Auxilio Alcantar

PARÍS.- China vive grandes transformaciones, sobre todo en el ámbito económico, pero en el plano político e ideológico nada ha cambiado; el control y la censura persisten, asegura el Premio Nobel de Literatura Gao Xingjian.

"Las cosas han mejorado un poco, la situación no es tan grave como antes, pero de cualquiera manera se sigue encarcelando a la gente, censurando las publicaciones", expresa.

Para Xingjian, esos cambios augurados por Occidente tras el boom económico son una ilusión de los medios de comunicación.

El novelista, dramaturgo, poeta y artista plástico, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2000, ha sufrido la censura del gobierno chino; incluso, desde 1987 vive exiliado en París.

Hace un par de años, en una entrevista, me decía que la censura del Gobierno chino hacia usted era tal que incluso prohibían su nombre en cualquier sitio de Internet, ¿esto ha cambiado?

No. Todavía hoy sigo siendo censurado en China y prohíben la mención de mi nombre en Internet, no hay ninguna publicación de mi obra y mi nombre no puede figurar en ningún sitio. Eso no ha cambiado.

¿Ninguno de sus libros puede ser publicado en China?

No, salvo en ediciones pirata. Hoy en día, existen en China editores privados que publican libros pirata. La adquisición es ilegal y, por ende, los libros deben venderse en puestos ambulantes, en la calle o en el suelo.

Ésta es la forma de venta de los libros prohibidos; allí están los míos, hechos por editores pirata. Pero, bueno, gracias a eso es que mis libros han podido difundirse un poco.

Entonces, ¿tampoco puede exponer su pintura?

No, imposible, pues lo que está prohibido no es la pintura en sí, lo que yo pinto y lo que reflejo, sino mi nombre.

En el reciente terremoto que estremeció a China, un hombre pidió explicaciones al gobierno por la mala calidad de las construcciones de las escuelas públicas, en muchas de las cuales numerosos niños perecieron debido al desplome. El gobierno lo sometió a juicio y, al parecer, ya está en la cárcel. ¿A nivel político nada ha cambiado?

No. Los medios de comunicación occidentales creyeron y difundieron la idea de que el cambio económico llevaría consigo un cambio democrático. Yo siempre he dicho que esa es una ilusión de los medios de comunicación: China no ha cambiado.

Este caso que usted menciona yo no lo seguí, porque en realidad ya no sigo lo que pasa en China, está tan lejos de mí, es un capítulo terminado, di vuelta a la página de manera definitiva hace mucho tiempo.

Vivo en Occidente, en Europa, y mis actividades se desarrollan en el mundo entero, salvo en China. Mis libros han sido traducidos a más de 30 lenguas, he expuesto en casi todo el mundo, pero nunca en China.

Mi caso confirma la censura que existe en ese país. El ejemplo que usted menciona es totalmente lógico a ojos de las autoridades chinas.

¿Por qué China no quiere abrirse?, ¿hay miedo a que algo cambie en el país si flexibilizan el sistema?

Eso hay que preguntarlo al Gobierno. Con una mentalidad normal, no se puede comprender esa conducta.

De Portada

El rostro oculto de China

A pesar de todo, se nota ahora cierta fragilidad de las instituciones; por ejemplo, vemos que la gente se manifiesta a favor de los tibetanos. Es como un despertar, uno tiene la impresión de que la gente podría exigir su derecho a ver una exposición. ¿Siente que existe esa fragilidad?

No, no creo. Desde que yo estaba en China había ya esa reivindicación de la libertad de expresión, existe desde siempre, incluso en la época de Mao Tse Tung, pero entonces la gente era arrestada y fusilada.

Las cosas han mejorado un poco, la situación no es tan grave como antes, pero de cualquier manera se sigue encarcelando a la gente, censurando las publicaciones.

Sin embargo, en el interior de China hay intelectuales que reivindican el derecho de hablar con libertad y de la libertad.

En una entrevista precedente, usted me contó las peripecias que vivió como escritor mientras estuvo en China, ¿qué ha cambiado ahora?

Ha habido muchos cambios, sobre todo en el ámbito económico. China era un país comunista, sin actividad privada, y ahora lo que vemos es un capitalismo mucho más salvaje que el occidental. Esto para China es un gran cambio, pero en el plano político e ideológico nada ha cambiado; el control y la censura persisten.

Y ahora que China es sede de los Juegos Olímpicos, ¿piensa que la imagen del país cambiará en el exterior?

No, no creo. La decisión de hacer de Beijing sede de los Juegos Olímpicos es más bien un pretexto. Detrás hay muchas cosas que no comprende la gente común y corriente como nosotros; la gente fuera de la jugada política no puede entender.

¿Qué es lo que puede estar detrás?

¿Por qué se eligió Beijing como sede?, hay una serie de intereses, está el aspecto político, el económico y muchos otros que no podemos entender. No somos nosotros, ni usted, ni yo; no son los escritores o artistas quienes deciden la ciudad sede de los Juegos Olímpicos, sino las autoridades: el gobierno, el comité... No es la gente de a pie ni los medios de comunicación los que deciden. Lo que está detrás no lo podemos saber, es una cuestión política.

El gobierno pensaba que después de los Juegos Olímpicos la imagen de China sería positiva. Hubo una gran crítica internacional cuando las autoridades chinas reprimieron a los manifestantes tibetanos; luego vino el terremoto, surgió la compasión y ahora pareciera que China proyectó una mejor imagen. ¿Lo cree así?

Lo que he dicho hasta ahora -y lo he dicho varias veces en la radio-sigue siendo válido. Desde 1989, tras la sangrienta represión de la plaza de Tiananmen, todo el mundo creía que habría una transformación, pero todo fue una ilusión. Los medios de comunicación occidentales creyeron, la gente en general creyó, y nada cambió. No se sabe si hubo ciertos intereses económicos detrás, no lo sabemos. Todo esto es lo que yo viví, y mi experiencia muestra que ese poder no ha cambiado; no en ese aspecto.

Y, en lo que a usted respecta, dice que dio la vuelta a la página de su historia con China, ¿quiere decir que no desea volver?

No soy yo. Yo quisiera, pero no puedo. No vale la pena ventilar todo eso, pero humanamente no es aceptable volver a mi país cuando sé que todos mis libros están prohibidos. Es estúpido.

Usted es el único Premio Nobel de Literatura que tiene China, para cualquier país sería un orgullo nacional, un gran símbolo. Es increíble que no se le reconozca en su país.

Sí, no hay explicación. Y es increíble para una mentalidad normal.

Pero ¿por qué?

No lo sé, no pueden tolerarlo. Pienso que lo que molesta es mi libertad de pensamiento.

¿Cómo fueron sus inicios como escritor?

Cuando era niño, mi mamá me aconsejó que escribiera un diario íntimo; desde entonces, escribí sin parar hasta la época en que Mao Tse Tung llegó al poder y, con él, la llamada Revolución Cultural. En ese momento, y debido al régimen, nos vimos obligados a dejar de escribir, e incluso a quemar todos los manuscritos. Yo quemé hasta mi diario íntimo.

Cuando la Revolución Cultural terminó, pude retomar la escritura y la creación literaria; paralelamente, continué con mi actividad pictórica, que también realizaba desde niño.

A finales de la década de los 70, con la muerte de Mao, casi todas las actividades de creación artística se retomaron en China. Yo tuve mi primera presentación como dramaturgo en el teatro más grande de Beijing, el famoso Teatro de Arte del Pueblo.

¿Qué está escribiendo ahora?

Acabo de publicar una compilación de ensayos sobre estética, literatura y teatro. Es una suerte de síntesis teórica de todo lo que he hecho hasta ahora, incluyendo mi trabajo en el cine. Hace dos años terminé mi primer largometraje; el filme acaba de ser exhibido en Hong Kong, en el marco del Festival Gao, un evento subvencionado por el Consulado de Francia en Hong Kong.

Auxilio Alcantar, periodista cultural